

Nota suicida

Cuando alguien lea estas líneas, ya no estaré en este mundo. Aunque todavía no tengo claro cómo lo forjaré, sí sé cuál será mi final. No he decidido si lo haré con la violencia de un balazo en la cabeza, con la desesperación de una soga alrededor de mi cuello, o sutilmente con un corte en mis venas, siento que da lo mismo al fin y al cabo. Lo que sí tengo claro es el motivo de tal decisión y quiero que se sepa para que se me entienda, para que se esclarezca el caso y se trate de detener esta locura.

Todo comenzó cuando me mudé a este lugar alejado de la ciudad. Con esto busqué obtener toda la serenidad que necesitaba mi alborotado espíritu que a medida que me iba haciendo mayor, me torturaba con sus constantes inquietudes e inclinaciones. Por eso decidí alejarme de la ciudad, de toda su rutina y de todas sus tentaciones. Si bien, todas las personas que me conocieron saben que de niño fui retraído y solitario, debo decirles que lo acontecido nada tiene que ver con mi verdadera esencia, forjada por la estricta disciplina con la cual fui criado y la que me llevó a independizarme a tan temprana edad, aprendiendo a superar la vida con mis propias armas. Por esto quiero pedirles que me recuerden como el hombre que creyeron conocer y no como el que muestro en estas líneas.

Alquilé esta casa campestre que está solitaria a unos cuantos kilómetros de distancia en relación con los demás vecinos pensando en que me podría dar esa calma que añoraba y que en otro lugar no lo iba a encontrar. La soledad aquí es tremenda y se siente en su sepulcral silencio diario.

Pero lo importante son los hechos que me llevaron a tomar esta cruel, pero necesaria decisión. Estos comenzaron una noche muy fría de cielos rojizos como los ardientes paisajes infernales. Estando recostado sobre mi cama, empecé a escuchar especiales ruidos que provenían de la parte despoblada donde sólo existe naturaleza virgen. Estos cientos de kilómetros de puro bosque quedan a unos cuantas millas de distancia de mi hogar. Las resonancias que oía sonaban como a gritos de personas acompañadas con extraños ritmos de

tambores. Estos ruidos duraban siempre hasta el amanecer y se repetían cada día viernes. Los escándalos los soporté por varios meses sin comentarlos con nadie.

Un día, llegando en auto de mi trabajo, vi en el polvoriento camino a dos lugareños que venían caminando lentamente en mi dirección. Eran una mujer anciana y un hombre viejo lleno de canas, su frondosa barba la llevaba muy desarreglada y sus cabellos revueltos lo hacían parecer como a un pordiosero. Detuve mi auto justo al lado de estos señores, bajé la ventanilla para saludarlos, pero pareció importarles muy poco mi presencia. Los saludé y ella me respondió con una voz casi imperceptible. Me pude percatar de varias cicatrices en las manos y rostro del anciano. Sin embargo, lo que más me sorprendió fueron sus ojos blancos con unas tremendas cicatrices en sus párpados, como si hubiesen estado cosidos alguna vez. Una vez entablada una especie de conversación con la anciana, le pregunté sin más rodeos por los ruidos nocturnos que se escuchaban en los alrededores. Su tranquilo rostro cambió locamente y su tono se elevó a tal punto de sorprenderme atrozmente. “No acuda a sus llamados, no es sano”, fue lo último que dijo antes de salir caminando sin responder a mis llamados. Desde ese fugaz encuentro nunca más me topé con algún lugareño. Y así, solitariamente, pasaron mis semanas oyendo aquellos alocados voceríos que aumentaban mi curiosidad como un cachorro felino suelto en un enorme bosque.

Hasta que llegó la inevitable noche en que me decidí a investigar, impulsado por un extraño deseo que poseyó mi mente. Así que salí de mi hogar siguiendo el rastro de los tambores que sonaban más fuerte esa noche, retumbando violentamente en mi pecho que se hinchaba y deshinchaba con una desamedida respiración. No sé cuánto caminé por esos caminos solamente iluminados por una gran luna llena, ni qué hora sería a esas alturas. Sólo sé que después de avanzar por un largo rato, el miedo comenzó a ramificarse alocadamente dentro de mí, debido a lo insano de los alaridos y melodías que aumentaban en claridad y volumen. El calor de la noche y el largo rato de camino me hacían transpirar y mojaban mi camisa. No tenía claro si la distancia era realmente grande o si mi corazón estaba agitado debido a la expectación que provocaban en mí esas obscenas sonoridades.

Y así, avanzando por desolados lugares llenos de árboles y maleza, llegué al punto desde donde provenía todo ese alboroto. Allí me quedé agazapado detrás de unos matorrales observando la terrible lascividad.

El griterío era aterrador, en el lugar descampado en forma circular habían decenas de personas semidesnudas, entre hombres, mujeres, ancianos y niños. Se iluminaban con sendas fogatas de rojas llamas que no despedían humo alguno. Algunas personas con extrañas máscaras danzaban al rededor de estas llamas. Otros grupos estaban arrodillados, cantando alrededor de individuos esparcidos en el suelo como si estuvieran muertos. Todo este terrible teatro estaba rodeado de una espesa vegetación, lo que hacía imposible verlo desde algún lugar más alejado de mi posición. Yo seguía sin creer lo que estaba presenciando, mas mi terror fue absoluto cuando vi dos rojísimos ojos que aparecieron fugazmente de la oscuridad. Creo que en ese momento me desmayé, para luego despertar en medio de aquel escalofriante circo. Recuerdo que estaba tirado en el suelo en medio de un círculo de extraños signos dibujados en el piso. Me comenzaba a recuperar cuando vi a toda esa gente a mi alrededor, que me miraban con un especial semblante en sus rostros, como si estuviesen hambrientos y yo fuese la cena. De pronto, de entre el gentío apareció un hombre vestido con una larga y negra túnica. Este sujeto llevaba su rostro tapado con un horrible antifaz rojo que le daba la apariencia de un terrible ícubo salido desde las entrañas del averno. De su cuello colgaba un collar rojo con un gran símbolo dorado en forma de rostro, al parecer, de un perro mostrando unos enormes cachos.

El ruido continuaba y el oscuro tipo seguía parado delante de mí, mirándome con sus furiosos ojos llameantes. Eso estaba pasando, cuando comenzó a comunicarse telepáticamente conmigo y ordenó que lo acompañase. Sus palabras guturales sonaban muy claras en mi cerebro. Tomó mi mano con sus enormes dedos fríos de largas uñas amarillentas y me condujo por entre medio de ese escalofriante panorama de gente en trance que hacía reverencias al paso del maligno. Antes de salir de ese lugar y adentrarnos en unos matorrales, miré hacia atrás y vi que los blasfemos devotos habían retomado sus danzas y plegarias.

Cruzamos en absoluto mutismo la enmarañada vegetación, hasta que aparecimos en otro misterioso lugar donde habían unos cuantos personajes con vestimentas parecidas a las de mi acompañante, pero no tan suntuosas. Al llegar pude darme cuenta de lo que ahí ocurría. Era una especie de santuario adornado con personas agachadas como si estuviesen elevando oraciones. Al momento de nuestra llegada el murmullo que se oía cesó y los fanáticos se pusieron de rodillas con la cabeza mirando hacia el suelo. Nosotros pasamos entre ellos en dirección a una especie de altar en donde estaba una enorme estatua de mármol negro. Se trataba de un lobo con una mirada salvaje que poseía grandes cuernos de carnero, una cola similar a la de los leones y una larga barba de chivo. Nos estacionamos en el altar y el oscuro abad levantó su mano derecha, consiguiendo que los fieles se levantaran sin que notara yo sus diferencias sexuales debido a lo holgado de sus vestimentas. Esto no era nada parecido a todo lo que había visto o sabido, mas mi sorpresa continuó en aumento cuando desde el fondo del bosque que rodeaba el lugar, emergieron dos acólitos que traían a una bella mujer que no paraba de gritar de horror. Estos dos sirvientes la dejaron en el altar a merced del blasfemo sacerdote que me había dejado como un mero espectador de lo que a continuación ocurriría. Se acercó a la joven, tomó violentamente su delicado rostro y con enormes dedos le cerró los ojos haciendo desaparecer por completo su histeria. Tras esto, el sujeto hizo una especie de reverencia a la bastarda figura y de un golpe arrancó el corazón del pecho de la muchacha que abrió unos enormes ojos y que, a pesar de todo, no delataban dolor alguno. La roja herida sangraba a borbotones, tiñendo el altar y provocando entre los fieles un pequeño exaltamiento. Entre tanto, el enorme cura comenzó a devorar el corazón extraído que aún latía rojo de vida. Después de comer el órgano empezó a comunicarse nuevamente conmigo, indicándome lo que debía hacer. Yo, que no tenía deseos de alzar su ira, obedecí como un crío y tomé lujuriosamente a la mujer que inexplicablemente continuaba con vida. Luego de acabar el acto sexual, el obsceno sacerdote pareció dirigirse a su séquito y con un solo movimiento de manos, éstos se acercaron a la muchacha y empezaron a devorar sus entrañas como una loca jauría de hambrientas hienas. El sacerdote que había contemplado toda la escena con una serenidad desconcertante, luego comenzó a reír, pudiendo ver yo, la filosa dentadura que se asemejaba a

los carnívoros dientes de las pirañas. Al terminar el horrible espectáculo, el sacerdote se dirigió a mí, diciéndome, no sé por qué, lo satisfecho que se encontraba conmigo, y que empezaría a formar parte del culto como un hijo más. A esa altura, mis comprensivos lectores, debo confesarles, que no entendía absolutamente nada y mi cordura me abandonaba a cada minuto. Decía sentirse orgulloso de mi devoción, pero yo sólo había obedecido debido al pavor y a la angustia. De pronto, los tenebrosos sacristanes entraron nuevamente a escena, esta vez con un obsequio más penoso. Traían un bebé en sus manos seguidos de todo el cúmulo de seguidores que rápidamente repletaron el lugar. El blasfemo calmó nuevamente a la multitud. Yo miraba hacia los oyentes y sus rostros y antifaces me produjeron extraños mareos que me tuvieron al borde de un nuevo desmayo. Luego de calmar a los fieles un sacristán le entregó un vaso negro con diamantes rojos, el sacerdote pronunció una especie de oración en un idioma que yo desconocía hasta antes de beber d ese rojo y espeso líquido. Al tomarlo sentí en mi metabolismo una disfunción y que una malévola fuerza comenzaba a anidarse en mi alma. Comer el pequeño corazón del bebé fue el siguiente paso de iniciación que yo no tuve fuerzas para evitar. Al tragar por completo el diminuto corazón, me sobrevino automáticamente el macabro impulso de comer sus entrañas. Así lo hice bajo la mirada de los fieles y la del maestro que comenzó a reír estruendosamente detrás de mí. Debido a las furiosas risas y vocerío que se formó entre los seguidores, recobré parte de mi cordura y me di cuenta de lo que había sucedido, pero debo confesarles que lo más horrible y que presagiaba un terrible destino, fue el no sentir ningún tipo de remordimiento ni arrepentimiento.

Entonces, el sacerdote se dispuso a hablar en esa extraña lengua que inexplicablemente comenzaba a entender. Me presentó como hijo del gran Gorgoloah y empezó a pronunciar oscuras alabanzas que eran escuchadas y repetidas por toda su demente audiencia. Yo sólo escuchaba, pero sentía en mí una poderosa y caliente presencia.

Luego de eso no tengo más recuerdos de la horrible noche del ritual sexual y antropófago del cual fui partícipe.

Cuando desperté en mi cama, lo primero que oí en mi mente fue ese extraño nombre; Gorgoloah. Todo ese fin de semana lo pasé durmiendo, sin ingerir alimentos y teniendo extraños sueños donde aparecía recurrentemente el protervo demonio canino.

El día lunes desperté para ir a trabajar. Intenté desayunar, pero fue inútil, no se me antojaba ningún tipo de alimento y el nombre del Demonio seguía retumbando en mi interior.

Esa primera semana, además de no ingerir ningún tipo de comida, me dispuse a investigar en las distintas bibliotecas y librerías sobre esta especie de divinidad. En los estantes convencionales no pude encontrar nada, pero en los polvorientos rincones habían antiguos libros de Ocultismo y de Dioses Arcanos pude averiguar que se trataba de un antiguo Dios pagano, adorado por distintas tribus de África en tiempos inmemoriales. Esta deidad antropófaga era tributada con sacrificios sexuales y de personas que eran devoradas vivas por la tribu, ofreciendo sus órganos elementales a la infinita gracia de Gorgoloah. La expansión de su culto se había producido debido al rapto de africanos para ser llevados a otros continentes, y así, ser comercializados como animales de trabajo. Sus mayores favores eran los de revivir gente muerta. En las amarillentas páginas decía que inmediatamente fallecida la persona se le debía velar durante trece días en medio de alabanzas al espíritu canino, porque se trataba de un demonio extremadamente vanidoso. El antiguo libro decía que los ojos del difunto debían ser cocidos para que de esta forma no pudiera ver el país de los muertos. También se le debían tapar todos los orificios de cuerpo para que así el espíritu no pudiera escapar. Una vez completada la resurrección su alma debía ser ofrecida a Gorgoloah como ofrenda por permitir tener al difunto entre los vivos, aunque la condición de éste distase mucho de la de los mortales. Además, la leyenda dice que prestaba favores menores, de tipo económico, amorosos y de otras índoles a cambio de las almas desamparadas.

Realizando esta exigua, pero aclaratoria investigación, terminó mi insoportable semana. De esta manera el maldito viernes cayó sobre mí con todo su vasto poder. Sin embargo, esa noche en compañía de mi querida novia comenzaron a sonar aquellos ruidos que tanto me perturbaban. En esa oportunidad pude darme

cuenta que los llamados sólo los podía oír yo. Bueno, debo agregar que aquel viernes pude resistirme a sus llamados, refugiándome en las suaves y ardientes caricias de mi amada.

Durante la venidera semana mi apetito por carne fresca aumentó gradualmente y mis ganas de trabajar iban desapareciendo día tras día. Llegó así nuevos viernes con un enjambre de almas del inframundo llamándome desde su infinidad. Creanme, que esta atroz presión la pude sostener por tres viernes consecutivos, pero al cuarto fin de semana, mi resistencia flaqueó y no tuve otra opción que acudir a sus aullidos.

Esa noche se repitió lo acontecido la primera antropófaga-sexual sesión, pero con la diferencia que me fue revelada una importante confesión. En esa insana velada el siniestro abad señaló frente a todos los siervos mi origen ancestral y mi importancia para la continuación del culto. Era yo un descendiente de la tribu Inferlunkha, pionera en la adoración de Gorgoloah y quienes acogieron a este Demonio hace miles de eones atrás. Mi ser entero entró en pánico ante tal revelación, porque efectivamente, por mis venas corría sangre africana de algunos antiguos parientes de mi árbol genealógico.

El sacerdote, entre tanto, continuó pronunciando oscuras oraciones y enseñando La Palabra a los oyentes que habían aumentado en número desde la última vez que estuve allí. Al final del discurso afloró toda la verdad sobre mi presencia como un maldito oráculo que yo desconocía. Era yo el elegido que vendría a tomar el lugar del sacerdote, era yo quien debía ser el más cercano al terrible Demonio y quien pasaría a convertirse en su vocero e hijo predilecto.

Después de estas palabras el gigante cura me entregó un antifaz rojo y una túnica negra que él mismo me colocó. En ese momento, todos los vasallos se inclinaron ante mí y pronunciaron pavorosas loas en el idioma que ahora comprendo y recuerdo por un extraño motivo.

Al terminar esa tenebrosa noche de brujos mis recuerdos venideros comenzaron a mezclarse con deseos oscuros y alucinaciones escabrosas que dominaron mi alma hasta este día. Lo único que se mantenía intacto hasta ese entonces, como una roja mariposa posada sobre un carbonizado suelo, era mi inmenso amor

por Eleonor. Ella era la preciada cuerda que me mantenía sujeto al mundo de los mortales y la razón de seguir aquí. Sin embargo, mis extraños comportamientos hicieron que nuestros encuentros se produjeran con menor frecuencia, por lo que mi tiempo sin ella lo ocupé saciando mis nuevos gustos. Los deseos de carne humana y la obediencia consumieron todo mi ser y de un instante a otro se hicieron incontrolables, así como la extraña presencia que sentía dentro de mí.

Fue por esto, señores, que abandoné todas mis obligaciones y deberes, convirtiéndome en un feroz depredador y ferviente devoto del demonio que tanto he mencionado y que no será nunca más un ser extraño ni para mí, ni para el que lea estas líneas,

Comencé a patrullar cada noche en mi automóvil el centro de la ciudad en busca de presas. Los vagabundos fueron mis primeras víctimas por lo fácil que resultaba engañarles con un poco de alcohol o dinero. Los conducía a oscuros callejones donde procedía a devorar todas sus carnes y a robarles sus almas por medio de terribles conjuros que salían de mis labios empapados de sangre para serlas ofrecidas como ofrenda a mi nuevo Padre.

Al cabo de un tiempo mi paladar se puso más exigente, el sabor de los indigentes me sabía a natre y sus almas me parecían demasiado vulgares para Gorgoloah. Mi voraz espíritu necesitaba carne pecadora y almas perdidas, así que comencé a preferir a prostitutas, travestis, adictos, borrachos y toda clase de podredumbres personas. Indecentes bohemios subían a mi coche sin importarles el extraño aspecto que empecé a adquirir al cabo de un tiempo. Debo confesarles que varias veces realicé licenciosas reuniones con prostitutas y homosexuales; estas comenzaban siendo sendas orgías, pasando a convertirse, más tarde, en nauseabundos sacrificios de todos los desgraciados asistentes. Las noches concluían siempre con las entrañas de mis invitados incrustadas en mis dientes rojos de tanta opulencia y con mis venas hinchadas de tanto alcohol y sangre, produciendo una delicada mezcla en mi interior. Además de las decenas de almas que eran la ofrenda para mi terrible Padre que reía ferozmente después de cada hecatombe. También tengo que decir que la presencia de cientos de negros cuervos y otros animales carroñeros que rondan este lugar, se debe al

basural de cadáveres que he formado debido a mis crueles prácticas. Los cuervos indicarán el lugar exacto de este cúmulo de masa inerte. Los podrán ver posados en las ramas del enorme roble que está a unos cuantos metros por detrás de mi propiedad y en el cual están profundamente enterrados los desafortunados cuerpos entre medio de sus enormes raíces. Esta es, además, la explicación del aterrador aspecto que tomó aquel árbol.

Les debo decir, compañeros, que en las siguientes ceremonias del culto, mi presencia producía admiración y era causa de respeto, ya que todos los siervos conocían y sentían mi alto linaje. Este nuevo aspecto de mi vida terminó por agradarme de sobre manera porque nunca me había sentido de ese modo tan particularmente poderoso. Mi posición en el altar era el trono que estaba a la derecha de la gran estatua. Era yo el Hijo favorito, por lo que gozaba de ciertas gracias, como lo eran, por ejemplo, en rituales de iniciación de mujeres, a quienes debía poseerlas salvajemente y con impúdicas prácticas delante de todo el culto. Aunque los hechizos de nigromancia los seguía realizando el abad bajo mi atenta mirada de aprendiz.

Así, mi vida, transcurría tan salvaje como insana, entre sacrificios y noches ceremoniales hasta esta bendita noche.

Este atardecer llegó mi olvidado amor a visitarme con los ojos humedecidos después de mucho tiempo. Al ver la calamidad y mirar a su alrededor, afloraron un par de lagrimas que luego se convirtieron en un llanto desconsolado. Me abrazó cariñosamente, sin embargo, pude sentir toda su lástima, como cuando se mira a un perro callejero repulsivo y agonizante. Yo no quise hablar para no aumentar su sufrimiento, así que me dispuse a besar sus suaves labios como en otros tiempos. Después de las caricias comenzó el interrogatorio; “Qué está pasando”, “Por qué no llamas”, “Por qué hay tanto desorden”. Yo no pronuncié ni una sola palabra, a lo que ella contestó con un lastimoso llanto.

Estábamos en ese tenso momento, cuando sentí desde mi interior, el llamado de mi Padre sediento y obstinado, que pedía como obsequio la cristalina alma de mi chica, cosa que yo no pude desobedecer. Así que aprovechándome del infinito amor que sentía por mí, comencé a seducirla con las caricias que yo bien

sabía. Su tremendo amor me hacía regresar a ratos del abismo, pero luego los requerimientos del loco Demonio me hacían descender nuevamente a las profundidades impías; justo a su lado. Sus suaves caricias, sus ardientes besos mezclados con sus dulces palabras en mis oídos trastornaban mi mente al punto de querer eliminar al tenebroso ser que soy ahora. Todo era confusión, todo bellos recuerdos. Entonces el aullido fue más fuerte y opté por ser un hijo obediente, olvidándome por completo del significado de Eleonora.

La asesiné con un cuchillo de manera despiadada, para posteriormente, devorar sus entrañas con un maldito deleite. Bebí toda su sangre, dejando secas las venas. Entre lágrimas culpables empecé a morder el corazón lentamente y tragándolo de la misma forma, dejándome un dulce sabor en mi boca y una pudrición en el alma. Lo que hice posteriormente no lo diré por respeto a su persona y debido a lo repugnante que resultó.

Después de saciar mi apetito debía comenzar con el oscuro conjuro para entregar el alma de Eleonora a las fauces de Gorgoloah, pero en ese momento mis ojos vieron una magnífica presencia. Era la propia Eleonora que, transparentemente, me miraba en total mutismo por sobre mí.

Aquella visión me devolvió parte de la cordura perdida que me lleva a escribir estas líneas. Para que se haga algo con esta terrible secta y, por supuesto, para pedir perdón en este último momento. Como se vieron, ésto es lo que me impulsó a tomar esta violenta, pero necesaria decisión, como lo dije más arriba, el último intento de conseguir desesperadamente la salvación de mi corroída alma, que seguramente vivirá en las profundidades por toda la eternidad.

P.D. Sé que no estoy en condiciones de pedir favor alguno, pero por la persona que algún día fui, les pido a mis más cercanos que mi cuerpo sea cremado, que una parte sea arrojado a la infinidad del mar y otra al viento para que así vague libremente sin tristeza. Sólo me queda pedir perdón a toda la humanidad